

Escena quinta. *Entra Lady Macbeth, leyendo una carta*

LADY MACBETH

Salieron a mi encuentro el día de mi triunfo,
y por el más fidedigno de los testimonios he sabido
que hay algo en ellas que sobrepasa lo que el hombre sabe.

Cuando ardía en deseos de preguntarles más,
se transformaron en aire y se desvanecieron.

Aún preso por el estupor, llegaron mensajeros del rey
proclamandome Señor de Cawdor,

título con el que las hechiceras me saludaron antes,
remitiéndome a tiempos venideros al decir, ¡Salve a ti, que serás rey!.

He creído conveniente hacértelo saber
(a ti, querida companera de mi grandeza)

para que no pierdas la felicidad que te es debida,
al ignorar la gloria que se te promete.

Guarda esto en lo más hondo de tu corazón, y adiós.

Ya eres Glamis, y Cawdor; y serás

lo que te han prometido. Pero yo temo a tu naturaleza

demasiado repleta por la leche de la bondad humana
como para tomar el camino más breve. Tú quisieras ser grande,
no te falta ambición, aunque sí el odio
que debe acompañarla. Quisieras obtener con la virtud todo
lo que deseas vehementemente; no quieres jugar sucio, aunque sí
triunfar con el engaño. Mi gran Señor de Glamis, te gustaría
poseer algo que te gritase: Debes hacerlo así
y, al tiempo, te causara más el temor de hacerlo
que los deseos de no hacerlo. Ven pronto, ven, para que pueda
vaciar mi coraje en tus oídos,
y azotar con el brío de mi lengua
todo lo que te aparta del círculo de oro
con que hados y ayudas sobrenaturales
querer, parecen, coronarte.

Entra un Mensajero

¿Qué noticias traes?

MENSAJERO

El rey viene esta noche.

LADY MACBETH

¿De qué locura habláis?

¿No está a su lado tu señor? Si fuese cierto
él me habría informado para que hiciese los preparativos.

MENSAJERO

Ciertamente, así es: mi señor ya se acerca;
hubo de adelantarse un compañero
y, faltándole aliento, apenas tuvo el suficiente
con que decirnos su mensaje.

LADY MACBETH

Ocúpate de él,
pues trae grandes noticias.

Sale el Mensajero

Está ronco el cuervo
que anuncia con graznidos la fatal llegada de Duncan
a mi castillo. ¡Espíritus, venid! ¡Venid a mí,
puesto que presidís los pensamientos de una muerte!
Arrancadme mi sexo y llenadme del todo, de pies a la cabeza,
con la más espantosa crueldad! ¡Que se adense mi sangre
que se bloqueen todas las puertas al remordimiento!
¡Que no vengán a mí contritos sentimientos naturales
a perturbar mi propósito cruel, o a poner tregua
a su realización! ¡Venid hasta mis pechos de mujer y
transformad mi leche en hiel, espíritus de muerte
que por doquier estáis -esencias invisibles- al acecho
de que Naturaleza se destruya! ¡Ven, noche espesa, ven
y ponte el humo lóbrego de los infiernos
para que mi ávido cuchillo no vea sus heridas,
ni por el manto de tinieblas pueda el cielo asomarse
gritando, ¡basta, basta!.

Entra Macbeth

¡Gran Cawdor! ¡Noble Glamis!
Más grande que los dos, por el profético saludo de lo por venir!
Tus cartas me han llevado más allá
de este oscuro presente, y siento ya el futuro
de ahora mismo.

MACBETH

Amada mía, Duncan viene esta noche.

LADY MACBETH

¿Y cuándo partirá?

MACBETH

Mañana, así lo ha decidido.

LADY MACBETH

¡Nunca habrá de ver el sol ese mañana!

Tu rostro, mi señor, es como un libro donde el hombre puede leer extrañas cosas. Para engañar al mundo, toma del mundo la apariencia; pon una bienvenida en tu mirada y en tus manos y lengua; procúrate el inocente aspecto de la flor pero sé tú la víbora que oculta. Habremos de atender al que ha de venir y tendrás que dejar que sea yo quien se ocupe esta noche de nuestro gran proyecto que dará a nuestros días venideros y a todas nuestras noches absoluto dominio soberano, y el poder.

MACBETH

Hemos de hablarlo más.

LADY MACBETH

Mantén en tus ojos la serenidad que es de temer el que se mude el gesto. Y deja lo demás a mi cuidado.
Salen

Escena sexta. Oboes y antorchas

Entran el Rey DUNCAN, Malcolm, Donalbain, Banquo, Lennox, Macduff, Ross, Angus y sirvientes

DUNCAN

Hermosa situación la del castillo; el aire se presenta suave y con dulzura ante nuestros sentidos delicados.

BANQUO

Huésped del estío,
el vencejo, morador de los templos, testimonia con su amor a este lugar el aroma excitante que el cielo exhala aquí: no hay cornisa ni adorno, bóveda o favorable rincón en que este pájaro haya dejado de colgar su lecho, ni su nido fecundo; allí donde más crían y residen-lo he observado- es delicado el aire.

Entra Lady Macbeth

DUNCAN

¡Ved; nuestra honorable anfitriona llega!
El amor que nos persigue es una carga a veces, aunque, puesto que amor, lo agradecemos. De este modo os enseño a que roguéis a Dios nos pague por vuestro cuidado, agradeciéndonos así vuestros esfuerzos.

LADY MACBETH

Todos nuestros servicios aunque dos veces se prestaran, para doblarse luego, serían cosa pobre y simple, si es que debieran competir contra el profundo y gran honor con el que Vuestra Majestad nos honra en esta casa. Por el del pasado y por la dignidad presente que añadís, por vos oramos como servidores.

DUNCAN

¿Y el Señor de Cawdor?

Le seguimos de cerca y era nuestra intención servirle como heraldo; pero cabalga bien y el gran amor, agudo como espuela, le hizo llegar a casa delante de nosotros. Bella y noble señora,

seremos esta noche vuestro huésped.

LADY MACBETH

Quien a vos sirve
considera a los suyos, a sí mismo y a sus pertenencias
como una cuenta que hay que pagar a la Majestad
para restituiros lo que es vuestro.

DUNCAN

Dadme vuestra mano;
conducidme junto a mi anfitrión. Lo estimamos en mucho
y seguiremos dispensando honor a su persona. Permitidme, señora.

Salen

Escena séptima. Oboes y antorchas

Cruzan la escena un mayordomo y varios sirvientes llevando platos y servicio de mesa. Entra, a continuación, Macbeth

MACBETH

Si todo terminara una vez hecho, sería conveniente
acabar pronto; si pudiera el crimen
frenar sus consecuencias y al desaparecer
asegurar el éxito, de modo que este golpe
a un tiempo fuese todo y fin de todo... aquí,
sólo aquí, sobre esta orilla y páramo del Tiempo
se arriesgaría la vida por venir. En estos casos
es aquí, sin embargo, donde se nos juzga, porque damos
instrucciones sangrientas que, aprendidas,
son un tormento para quien las da. La imparcial mano
de la justicia pone el cáliz, envenenado por nosotros,
en nuestros propios labios. Se encuentra aquí con doble confianza:
primero, soy su deudo a más de súbdito,
dos buenas razones para no actuar; después, como anfitrión,
tendría que cerrar las puertas a los asesinos,
no ser yo quien blandiera el cuchillo. Además, este Duncan
ha sido tan humilde en el poder, y tan ecuánime
al gobernar, que sus virtudes clamarían
—tal ángeles con voces de trompetas— contra el acto
deleznable de hacerlo desaparecer;
y la piedad, como un recién nacido
que desnudo galopa en la tormenta, o querubín del cielo
montado por el aire en sus corceles invisibles,
expondrá este acto horrible a los ojos del mundo
y sofocarán las lágrimas el vendaval. La espuela,
que se clava en los flancos de mi deseo, es
la de ambición que brinca y al sobrepasarse,
ya demasiado lejos, se derrumba.

Entra Lady Macbeth

Y bien, ¿hay algo nuevo?

LADY MACBETH

Ya casi ha terminado de cenar.

¿Por qué te fuiste del banquete?

MACBETH

¿Preguntó por mí, acaso?

LADY MACBETH

¿No sabías que sí?

MACBETH

No es posible seguir con esta empresa.
Me ha colmado de honores y he adquirido
reputación dorada entre gentes diversas
que quisiera lucir en su esplendor más fresco
sin desecharla tan temprano.

LADY MACBETH

¿Estaba ebria la esperanza
que te vestía? ¿O duerme desde entonces?
¿O se despierta ahora, verde y pálida,
frente a lo que miró tan arrogante? Desde hoy
ésta será la cuenta que haga de tu amor. ¿Te asusta
el que tus actos y tu valentía lleguen a ser quizás
igual que tu deseo? ¿Quieres, acaso, poseer
lo que ornamento crees de la vida
y vivir ante ti como un cobarde,
dejando que a "quisiera" suceda "no me atrevo"
como hace el pobre gato del refrán?

MACBETH

Basta, te lo suplico.
Tengo el valor que cualquier hombre tiene,
y no es un hombre quien se atreve a más.

LADY MACBETH

¿Cuál fue la bestia
que te hizo proponerme empresa como ésta?
Eras un hombre cuando te atrevías
y serías más hombre, mucho más,
si fueses aún más de lo que eras. Ni tiempo ni lugar
eran propicios, sin embargo tú querías crearlos.
Y ahora que se presentan ellos mismos, su oportunidad
abatido te deja. Mi leche yo la he dado y sé cuán tierno
es amar al ser que se amamanta;
pues bien, en ese instante en que te mira sonriendo,
habría arrancado mi pezón de sus blandas encías
y machacado su cabeza si lo hubiese jurado
como juraste tú.

MACBETH

¿Y si fallase?

LADY MACBETH

¿Quién? ¿Nosotros?

Tensa hasta donde puedas las cuerdas de tu valor
y no fallaremos. Cuando Duncan duerma
(puesto que el fatigoso viaje que hizo hoy sin duda ha de invitarle
a un sueño muy profundo) a sus dos camareros
he de vencer con vino y ambrosías, de tal forma
que la guardiana del cerebro, la memoria,
humo será; y puro alambique
lo que es asilo de razón. Cuando en sueño animal,
como en la muerte, se hundan sus naturalezas
¿qué no ejecutaremos, contra Duncan
indefenso, tú y yo? ¿Qué no pondremos en la cuenta
de oficiales tan ebrios para que los culpen
de nuestro asesinato?

MACBETH

Sean sólo varones lo que traigas al mundo
porque tu metal duro debería servir para la forja
solamente de machos. ¿Cómo no creerán
si marcamos con sangre a los que duermen
junto a él, en su cámara, y usamos sus puñales,
que ellos lo hicieron?

LADY MACBETH

¿Y quién se atreverá a pensar de otra manera
si hacemos que nuestro clamor y nuestro llanto
rujan sobre su muerte?